

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CHARLES O'NEIL, *imprudence in St. Thomas Aquinas*. (11 x 18 cms.; 165 págs.). The Aquinas Lecture, 1955. Marquette University Press, Milwaukee. 1955.

A través de la concepción de la prudencia y del pecado de imprudencia en S. Tomás, O'Neil llega a esbozarnos aspectos de la imagen tomista del hombre.

Aristóteles no había estudiado la imprudencia, debido a su concepción de la prudencia como *logos*. Santo Tomás lo perfecciona en este punto.

Partiendo del contraste o más bien complementación de ambas concepciones, el autor analiza la estructura de la imprudencia en S. Tomás, su deformidad y sus especies, para llegar al fin a la raíz del pecado de imprudencia: la libertad.

Descubre entonces que para S. Tomás, aunque la prudencia sigue siendo esencialmente intelectual, implica con todo como fundamento un acto de amor: "the act of love in the appetite calls into being the act of knowledge in the intellect". Es el amor que discierne, según la concepción agustiniana: "love is said to discern in that it moves the reason to discern". S. Tomás, por tanto, supera a Aristóteles, construyendo una ética cristiana: "to fail in prudence is to fail love". Toda imprudencia es, por ello, una falta de amor al Fin trascendente.

La conferencia de O'Neil, escrita en estilo fácil y atrayente, está enriquecida por 160 notas y referencias que fundamentan punto por punto cada una de sus afirmaciones.

GERARDO SMITH, S. J., *The truth that frees* (11,5 x 18 cms.; 79 págs.). The Aquinas Lecture, 1956. Marquette University Press, Milwaukee. 1956.

Con un estilo sencillo y oportunamente acompañado de ejemplos, el autor desarrolla el tema *cuál es la verdad que hace al hombre libre*. Para la respuesta desarrolla ágilmente la teoría aristotélico-tomista del conocimiento.

Estudia primero el conocimiento que el hombre tiene de las condiciones necesarias de la naturaleza, lo que le permite indicar el sentido y valor de los universales. Pasa al saber más profundo que es la metafísica, por la cual enseguida llega al sustentador de todas las cosas, Dios.

Indica el autor cómo eso tan elevado en el hombre, que es la alegría del conocer científicamente, tiene un fundamento en la visión de los universales

y en el hallazgo por vía de razón de la existencia de Dios. Alegría sin límites, a condición de aceptar la invitación del ser Necesario de usar bien del conocimiento.

Con este desarrollo es fácil señalar los componentes del conocimiento que hacen al hombre libre: el conocimiento mismo por un lado (de la verdad), y su buen uso por otro. Ambas cosas son necesarias: un conocimiento asegurado con la decisión de ser usado bien. La verdad, pues, que nos liberta, es la que conocemos acerca de las cosas en términos de artes o de ciencias, pero dependientes de Dios para el buen uso de ella.

ANGÉLICA KNAK PEUSER, *El alma del siglo XX*. (16 x 23 cms.; 157 págs.). Ediciones Peuser, Buenos Aires. 1956.

Con un estilo ágil y lleno de vitalidad, la autora aborda la difícil tarea de interpretar el alma de nuestro siglo. No se propone analizar exhaustiva y documentadamente la génesis de todas sus vivencias internas, sino que se limita a sintetizar —no esquematizar— a través de cuatro líneas características, el pensar y el sentir actual. Delinea, pues, los rasgos fundamentales de las mismas en los cuatro respectivos capítulos del libro: *El redescubrimiento del hombre, El encuentro con el dolor, La rebelión ante lo absurdo y Angustia y nostalgia*.

En una intuición muy personal, hace gala de un generoso deroche de expresión al captar la riqueza de matices que caracteriza los rasgos más salientes de nuestro tiempo.

Con criterio sereno, impregnado de sólidas vivencias cristianas, enjuicia la evolución filosófico-humana que, iniciada con un abandono de lo divino en aras de lo humano, desemboca en el callejón sin salida de la angustia y de la náusea.

Al analizar la tragedia del hombre moderno, su encarcelamiento dentro del propio yo, no deja de reconocer que, para contrapesar el desbarrancamiento contemporáneo, nunca se ha llegado a conocer mejor al hombre, sus fuerzas, sus limitaciones, de tal suerte que todos los siglos deberán sentar sus bases sobre lo ganado hoy.

No está ausente de estas páginas, preñadas de crudo realismo en el juicio sobre el futuro, la luz del optimismo. Vislumbran en el hombre de hoy, enfrentado a su propia impotencia, la humildad que renace para fundamentar la esperanza; y van en su sinceridad radical un aporte más a su favor para merecer tal esperanza. Al lado de esta puerta salvadora, sólo una se abre: la del absurdo.

En las páginas finales la autora se permite alentar la confianza en que "los vigías sociales, escritores, filósofos, pensadores, más que señalar las caídas, sabrán mostrar abiertos los horizontes". Pues "para que el hombre torne a serlo en toda su plenitud y toda su grandeza, para readquirir sus condiciones y sus cualidades, para impedir nuevas caídas y renovados despojos, urge que vuelva

a la causa de las causas, a aquel primer motor de Aristóteles, a aquel amor de Dante, que al sol mueve y las estrellas, a Dios."

La falta de documentación en las reflexiones históricas, y en las aserciones, la escasez de referencias a sistemas o a hombres claves de la historia filosófica contemporánea, puede comprometer en parte el éxito objetivo del trabajo. Pero por otra parte, no habiéndose propuesto la autora realizar una tarea de rigor científico, ello se compensa con la rica presentación de algo "visto y respirado", que se expresa vívidamente en una síntesis muy bien lograda. Es de destacar el brillo literario con que, en un lenguaje fluido y moderno, describe el ambiente de cada idea, sacando a luz sus más escondidos matices en párrafos breves e incisivos.

Este libro supone lectores de cierta cultura filosófica, que estén bastante familiarizados al menos con los autores fundamentales modernos, sin lo cual difícilmente podrán gustar en todo su contenido el sabor de tan interesantes reflexiones.

AGUSTÍN GEMELLI, O. F. M., *La Orientación Profesional*. (Trad. por J. Fábregas Camí, s. J.) (20 x 14 cms.; 238 págs.). Ed Razón y Fe, Madrid. 1956.

Uno de los campos más duramente mutilados por el materialismo ambiente, es sin duda el del trabajo y la profesión. Por diversos caminos se ha intentado pues devolverle una nueva vitalidad que le permita convertirse en expresión de la vida humana integral. *La Orientación Profesional* representa uno de esos esfuerzos, y en su estado actual se manifiesta como sumamente eficaz.

Tal nos parece el mensaje de la presente obra, que "no es un tratado sistemático de orientación profesional, sino una discusión de sus líneas fundamentales" (p. 39). El autor, con su indiscutible autoridad, plantea en primer lugar del campo nocional en que set va a mover, con un evidente enfoque práctico, pues el fin del libro "es la determinación de los deberes del psicólogo en la orientación profesional del joven." (p. 137). La precisión de los conceptos es sumamente necesaria en esta materia, pues son muchas las escuelas y los autores que trazan el tema con distinta nomenclatura, o llamando con el mismo nombre realidades diferentes.

El *Capítulo I* (Nociones Fundamentales) llena esta función primordial. Uno de sus postulados es la integración del trabajo y de la profesión en la categoría de valores humanos y humanizantes destinados a perfeccionar al hombre y no a esclavizarlo. El autor rechaza, por tanto, como teorías erróneas aquellas que sostengan principios encontrados con un sano humanismo: el culto al rendimiento económico, la subyugación de la persona por la industria, la psicotecnia materialista, etc. La conclusión será que la "*Orientación profesional* es el conjunto de conceptos directivos y de métodos que ayudan para indicar a cada uno su deber de trabajo para el que posee las aptitudes y capacidad necesarias, ejercitándole con éxito personal y social". Esta definición abre el camino

a los capítulos siguientes, tanto a los que tratan directamente el tema como a los que exponen los elementos psicológicos de base.

En toda la obra late un principio que reorganiza y completa los tecnicismos exagerados de las escuelas modernas (que tantas experiencias valiosas han aportado, sin embargo, a la psicología de nuestros días). Ese principio es la tesis fundamental de nuestra antropología, es decir, la unión sustancial de alma y cuerpo, con mutua interacción y subordinación, pero con evidente predominio del factor espiritual.

Los capítulos que tratan del aspecto médico, psicológico, educacional y aun familiar, están regulados por esta idea. Por ello el autor no se ve atado a ninguna de las técnicas prácticas usadas en la *orientación profesional* y escolar. Ellas tienen un indiscutible valor, y en muchos casos son irremplazables; pero por sí solas no bastan para un diagnóstico completo; es inaceptable un determinismo biofísico que pretenda reducir el hombre a esquemas (cfr. capítulo X, sobre los tests) o a fórmulas matemáticas (cfr. capítulo XI, sobre el análisis factorial).

En las páginas siguientes (capítulos XII, XIII y XIV) se definen y estudian nítidamente las tendencias, inclinaciones e intereses; su diagnóstico, y los métodos de valoración escolar del alumno en orden a la *Orientación profesional*. Quizás en estas líneas esté resumido lo fundamental del pensamiento del autor sobre el tema. Sin advertirse tono polémico en la exposición, puede notarse, sin embargo, su afán por dilucidar equívocos en el uso de los términos y en su aplicación parcializada, que reduce la totalidad personal del hombre a sólo algunas de sus características.

De la visión global del problema, se extrae por último la tesis general del libro, expuesta en forma de conclusiones: hay un elemento estable y común en los hombres, que puede ser expresado en leyes peculiares; este hecho permite a los especialistas la aplicación de los tests. Pero una *Orientación profesional* completa no puede basarse únicamente en esta realidad: ha de ser más que una simple mecánica psicológica, y para ello es necesario que se funde en toda la personalidad, estudiada, corregida y alentada constantemente para llegar a un juicio global de las aptitudes, inclinaciones e intereses, tal como fueron definidos en las páginas anteriores.

Por ello, el juicio de *Orientación profesional* no puede pretender ser más que un consejo amigable, y no una imposición absoluta y coercitiva; será más bien una asistencia humana dada al sujeto para que mediante ella encuentre la solución a la diaria antinomia entre una profesión o trabajo que atenaza, y la consecución libre de un ideal.

La actividad así encontrada conciliará los problemas económicosociales del individuo frente al medio ambiente en que vive, con las exigencias humanas y personales de su vocación descubierta. Más aún: cuando se trata de cristianos, será más fácil ver como providenciales las circunstancias en que viven; el hombre podrá entonces encontrarse y perfeccionarse a sí mismo en el ejercicio de su profesión.

Cierran el libro dos esquemas prácticos: uno de *ficha médica* y otro de *ficha escolar* en orden a la *Orientación profesional*; y una abundante *bibliografía clasificada* de acuerdo a los diversos aspectos del tema desarrollado.

En resumen, podemos decir que es un libro de alta divulgación, destinado sobre todo a esclarecer puntos confusos y a sistematizar los abundantes elementos que entran en juego en la revalorización del trabajo y de la profesión.

MARYSE CHOISY, *Saber ser mamá* o la educación de los padres. Traducción por Alfonsina Masi Elizalde. (13 x 19 cms.; 292 págs.). Ediciones Carlos Lohle. Buenos Aires, 1956.

La autora, en un libro escrito con valentía, originalidad y seriedad pedagógica y psicológica, resuelve innumerables problemas de educación que se presentan a padres o maestros. Otorga capital importancia al método didáctico, que la autora basa en experiencias personales, adecuándolo a las exigencias de la Pedagogía nueva. Método, que desconcierta en algunos momentos, dando la impresión de que se introduce en el terreno de la fantasía; sin embargo, se disipa ese desconcierto, comprobando su eficacia con un nutrido bagaje de ejemplos y anécdotas, recogidos por la autora en su experiencia diaria, en el propio ambiente familiar y en sus múltiples investigaciones en las escuelas de su actuación, en particular en su simpática *escuela de guerra*. La autora se dirige a todos los educadores; y, en especial, a la educadora ideal, la madre, a quien persuade, a través de sus páginas, que la educación de los hijos es una obra de amor en su fundamento y en su forma.

Es un libro que se lee con interés creciente y encierra enseñanzas que pueden marcar valiosos progresos en los métodos educativos. Algunos de sus capítulos son realmente orientadores. Con todo se imponen algunas objeciones.

Toda educación debe aspirar a una formación integral del hombre futuro, y para alcanzarla es imprescindible un exacto conocimiento de la materia prima sobre la cual trabajará. El capítulo III, en el subtítulo *Equivoco inicial*, sostiene una tesis que puede situar al lector en una posición errónea, al afirmar que la teoría de Rousseau es acertada: "el niño nace bueno". ¿No dice acaso San Agustín que el hombre está agitado por las pasiones desde la cuna? No podemos hacernos ilusiones. En la formación de un ser, la madre, y el educador en general, no pueden prescindir de esta verdad: el pecado original y sus consecuencias. El problema es entonces distinto. La tarea consiste en conquistar el dominio sobre esas pasiones y adquirir la libertad en potencia desde su origen. Con amor, con comprensión, sí, pero moviéndose en el terreno real; con nociones claras de las fuerzas maravillosas que anidan en el niño, pero sin descartar su desequilibrio.

Excelente el *respeto por el niño*: el empeño en persuadir que lo esencial no está en mandar, en insistir en el destierro de los aspectos negativos en materia de educación, y mostrar, como ideal, el logro de lo que el educador se pro-

pone, sin imposiciones. Pero rechazar la firmeza necesaria, el sacrificio y la renuncia, nos hace pensar con cierto escepticismo en los resultados futuros de esa educación, que ahorra al niño todo dolor, y no lo prepara para la lucha, con la que inevitablemente tendrá que enfrentarse en la vida.

Creemos con toda honestidad que lo ideal es "esa sinfonía de amor, fuerza y ternura, autoridad y persuasión", que ponga límite oportuno a su espontaneidad. La naturaleza necesita esfuerzo, para que se restablezca el equilibrio, y para estar en condiciones de abocarse a los propios deberes, con un alma bien templada.

Por último, podríamos exigir a la autora de este trabajo que explicitara más el fundamento real de toda auténtica educación. Dice Jaime Castiello que "la personalidad viva de Cristo será siempre la fuerza educadora más poderosa de la historia". Y aquí no aparece con suficiente relieve. Lástima grande que contando la autora con tantos recursos, no dé mayor importancia a las relaciones del niño con Dios. Todo niño tiene inclinación hacia lo religioso y la madre es precisamente la que está en condiciones de privilegio para aprovechar ese interés natural. Habla Maryse Choisy magníficamente de los *períodos sensibles*; en lo religioso también hay sus *períodos sensibles*. Hubiésemos deseado que abundara en ejemplos y casos concretos en lo concerniente a los mimos, como tan acertadamente lo hace en otros aspectos de las vivencias del niño. Sería un precioso aporte educativo. Si la madre no tuviere en cuenta dichos *períodos sensibles*, podría incurrir en el error de imponer al niño una piedad postiza, por lo menos en desacuerdo con su propio ritmo. Cristo respeta siempre las leyes psicológicas del alma; los padres y educadores no pueden sino seguir sus huellas.

Salvo estas objeciones, *Saber ser mamá* es una obra valiosa que podrán leer todos los maestros y educadores con sumo provecho; y también, como lo desea Maryse Choisy, aquellas "madres inteligentes y que aman a sus hijos" y, nosotros agregamos, que posean suficiente cultura pedagógica y general.

La presentación del libro es buena, pero la traducción podría ser un poco más correcta y esmerada.

FRIEDRICH RICHTER, *Martin Lutero e Ignacio de Loyola*. Representantes de dos mundos intelectuales. (Traducción de C. Ruiz-Garrido). (13 x 16,5 cms.; 351 págs.). Ediciones Fax. Madrid, 1956.

Constantino Ruiz-Garrido nos ofrece, como contribución literaria al Centenario Ignaciano, la traducción de esta obra de Richter, aparecida por primera vez en alemán en 1954. Es un estudio comparado del catolicismo y protestantismo en base a dos símbolos: Ignacio y Lutero.

Friedrich Richter fué durante 25 años pastor protestante. Lleno de inquietudes, comenzó a pensar en su ingreso a la Iglesia Católica. Después de dar el paso definitivo y a los 6 años de la conversión, publicó *Martin Luther und Ignatius von Loyola*. Como lo dice en sus últimas páginas, está preocupado por

buscar una vitalización del Occidente que se lograría en base a la unión de los cristianos: católicos y protestantes. Y tal es el enfoque apologético que domina toda la obra: sacar a los protestantes los prejuicios contra Ignacio; y a los católicos, los prejuicios contra Lutero, para allanar caminos y procurar, de esta manera, la tan deseada unidad.

Nadie como el autor está en condiciones de tratar este tema: vivió, en efecto, a estas dos figuras que confronta, simultáneamente desde el ángulo católico y protestante, y posee la erudición teológica luterana y escolástica para darnos una visión de conjunto de los dos sistemas. Puede, pues, juzgar a Ignacio y a Lutero desde sus lados opuestos. Pero, *de hecho*, ¿ha acertado en la presentación de esos dos mundos espirituales? ¿No habrá cedido demasiado a la *intención* profunda de su espíritu, y a su *situación* equidistante entre ambos mundos?

Creemos que el libro de Richter debe ser leído teniendo en cuenta el *prefacio* escrito por Angel Santos. No siempre el prefacio, escrito por otro que el autor del libro, ayuda a comprenderlo a éste; pero en este caso, hasta mejora el libro. De modo que nos permitiremos tomar ciertas frases fundamentales de dicho prefacio, porque lo consideramos el mejor juicio y complemento del mismo libro.

Santos señala que en esta obra no se pretendía tanto enfrentar dos personas, cuanto comparar dos concepciones teológicas, la católica y la protestante. Y aprueba que, con esa intención, se hayan escogido esos dos personajes, Lutero e Ignacio, por sus evidentes puntos de contacto y de rechazo.

En cuanto a Ignacio, aprueba la valoración que Richter hace de su persona y de su obra.

En cuanto a la doctrina protestante, aprueba la síntesis doctrinal que de ella hace Richter, aunque observa que éste (precisamente a propósito de la justificación) disminuye demasiado las diferencias.

En cuanto a Lutero, Santos no está de acuerdo en que se lo presente, como hace Richter, como un *equivocado*. La expresión es demasiado benévola. En este punto, hay un desacuerdo fundamental entre Richter, y otros biógrafos, por ejemplo Denifle. Y Santos recuerda el folleto *La Cautividad de Babilonia*, escrito por Lutero en 1520; y cita la exhortación a monjas y sacerdotes, *Opinión sobre las Ordenes Monásticas*, llamado al rompimiento del voto de castidad, y a contraer sin más el matrimonio. Además de estos escritos, la opinión de Lutero, que era imposible resistir las pasiones sensuales; y el hecho de su casamiento con la ex monja cisterciense. Richter se opone a la conclusión de Grisar, quien, estudiando la psicología de Lutero, concluyó que éste era un anormal; y nos presenta un Lutero perfectamente sano. Richter va más allá todavía, y nos habla de verdaderos *santos* en la iglesia evangélica, y de *rasgos de santidad* en el mismo Lutero. Nuevamente aquí Santos acota que no se entiende una santidad sin obras.

En fin, ya se ve por qué decíamos que nos parecía que Richter tal vez se había dejado llevar de la *intención*, que es evidentemente la de unir hermanos separados, los protestantes y los católicos; y que se había dejado influir por su

situación equidistante entre ambos grupos, pues vive en la Alemania de hoy, donde un movimiento, la *Una Sancta*, fomenta las reuniones, y predica un espíritu de oración y penitencia por la unión de los cristianos. Todo esto está muy bien. Pero la Iglesia no puede ceder en lo esencial. Y por eso hay que esperar, más en una conversión personal del protestante (como Richter mismo), que en una entrada global del protestantismo en la Iglesia.

Terminaremos citando una obra, la de André Toledano, *Les chrétiens seront-ils un jour tous réunis?*, sobre el hecho de la desunión y las tendencias de unión. Y como modelo de un diálogo entre dos historiadores de Lutero (ya que la obra de Richter sería un monólogo consigo mismo, pero desde dos puntos de vista, personales ambos) citaremos a Christiani (sacerdote) y Rilliet (pastor), en *Catholiques, protestants, frères pourtant*, y en *Catholiques, protestants, les pierres d'achoppement* (Fayard, 1955-1956). Y acerca del mismo Lutero, citaremos la obra de Christiani, *Luter tel qu'il fut* (Fayard, 1956): y el prefacio (de Daniel-Rops) llama la atención sobre el enigma humano del mismo.

Volviendo a Richter, alabamos su intención de unión, aunque no podamos aceptar todas sus conclusiones históricas. Y aunque no es enteramente original en su punto de vista providencialista (Cfr. Razón y Fe, 688 [1955], pp. 540 ss.), su realización es una vivencia personal, casi una autobiografía: un libro que comienza con una doble biografía, y que termina en ponderaciones histórico-filosóficas.

JESÚS MARÍA GRANERO, S. J., *Sentir con la Iglesia y problemas modernos*. (14 x 20 cms.; 220 págs.). Editorial Razón y Fe. Madrid, 1956.

La intención del autor es aclarar ideas sobre la Iglesia. Una introducción histórica sitúa en su tiempo las Reglas ignacianas de sentir con la Iglesia. El capítulo primero las actualiza en nuestro tiempo. Los siguientes capítulos van tomando aspectos de la Iglesia de siempre, que hoy son más sensibles; porque el hombre de hoy, ambicioso de libertad y de progreso, crea un problema —o se lo crea a sí mismo— al entrar dentro de los cuadros de la *Iglesia-Institución*. Porque precisamente como Institución, la Iglesia difiere de las demás instituciones formadas por el hombre, ya que debe formar a sus miembros según los cánones de Jesucristo, y no meramente conformarse a ellos (p. 58).

La exposición del libro es clara. A momentos, apasionada. En algunos puntos, se trasparenta el ambiente donde su autor trabaja: como cuando, en la introducción histórica, hace continua referencia a Erasmo, el personaje antipoda de España y de Ignacio. O como cuando hace referencia a la lengua en que escribió San Ignacio, y a las posibilidades y peligros de quienes no tienen la misma lengua materna (pp. 51-52).

No tiene este libro la originalidad del estudio de Rahner, sobre *La Génesis histórica de la espiritualidad de San Ignacio*, ni la riqueza ambiental de Medi-

*tación sobre la Iglesia* de De Lubac (cfr. *Ciencia y Fe*, XII, n. 46 [1956], p. 34). Pero los complementa en cierto sentido, porque mira el mismo problema desde otro ángulo geográfico, el español; mientras el primero lo miraba desde Alemania, y el segundo desde Francia.

La Iglesia de Crito, en tanto será mejor conocida, en cuanto las voces de sus muchos y variados hijos se hagan sentir, acordes en el fondo, aunque distintas en los tonos.

JOAQUÍN SABATER MARCH, *Derechos y deberes de los seglares en la vida social de la Iglesia*. (22 x 14,5 cms.; 1.002 págs.). Edit. Herder. Barcelona, 1954.

Una verdadera suma de los derechos y deberes de los laicos en la Iglesia nos presenta el canonista Sabater March en esta vasta obra. Todo lo que se refiere al laico en el Código de Derecho Canónico ha sido examinado y medido en sus alcances.

La gran revolución que estamos viviendo dentro de la Iglesia se refiere precisamente a una toma de posición y de responsabilidad por parte de los laicos de sus derechos en la marcha ordinaria de Su Iglesia. El feroz ataque laicista contra todo lo que fuera intromisión de lo sagrado en la vida social y pública provocó un retraimiento en la conciencia de los católicos que la Iglesia tuvo que tolerar, pero que jamás aceptó. Por eso a las diversas manifestaciones por parte de los laicos, en países europeos, de asumir sus responsabilidades, la Iglesia respondió por boca de su Vicario con la creación de la Acción Católica. La nueva organización del apostolado laical era una señal de la confianza de la Iglesia en sus miembros seglares. Y la respuesta ha demostrado que el Espíritu está obrando como nunca en muchos corazones que sin ser llamado al sacerdocio ni al estado religioso, sienten vivamente su pertenencia al Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia.

La antigua afirmación de que el laico en la Iglesia sólo tenía derecho a ser bien gobernado ha perdido, si es que alguna vez la tuvo, toda actualidad.

La obra de Sabater March no pretende agotar el tema de toda la vida del seglar en la Iglesia, sino que se ha ceñido al estudio de la actividad de los seglares en la vida de la Iglesia como sociedad jurídicamente perfecta, pero sin abandonar, cuando la ocasión se ha mostrado propicia, alguna que otra penetración en los dominios del fuero interno como destello de la completa armonía existente en todos los ámbitos de la vida de la Iglesia.

Después de una breve prolección, Sabater March divide el plan de su libro en: Personalidad y capacidad jurídica del seglar; Posición fundamental del seglar en la Iglesia; Preceptos generales en particular, en los que estudia las obligaciones de culto, abstinencia y ayuno, de recepción de los sacramentos, de enseñanza religiosa y de comunicación con los católicos; Adquisición y pérdida de derechos eclesiásticos; Derecho de Familia; Protección de los derechos; y en la parte séptima y última, de la reparación del orden social y enmienda del delincuente.

Sigue en general el orden del Código de Derecho Canónico, lo que da a la obra una fuerte trabazón y una seguridad doctrinal inmensa. No se ha publicado hasta ahora una obra de este estilo, aunque el mismo autor nos señale las de Arias Montano, *Dictatum Christianum*, y algún tratado especial de San Roberto Bellarmino en sus *Controversias*. Además de estar ya un poco envejecidas, tampoco alcanzan la amplitud de la que reseñamos.

El índice de materias y el de cánones podrían haber sido completados por una mejor bibliografía y un índice onomástico siempre necesarios en una obra de esta índole.

Ya en 1936, Pío XI pidió a los cultivadores de las ciencias sagradas que acometieran con ardor "el estudio de los fundamentos bíblicos, dogmáticos, históricos y jurídicos del apostolado seglar". Sabater March ha colocado una piedra miliar en el terreno del derecho.

BLANCO PIÑÁN, S., *Negociad mientras vuelvo: Pío XII y el problema social*. (11 x 17 cms.; 248 págs.). Ediciones Fax. Madrid, 1956.

El título escogido, tomado del Evangelio, manifiesta claramente la intención del autor, que es sacudir la conciencia del patrono y, en general, de todo cristiano, ante el problema social. Mientras el *subtítulo*, Pío XII y el problema social, corresponde exactamente al contenido material, pues el libro no es sino una inteligente selección de textos pontificios que se refieren a dicho problema.

Los textos de Pío XII se agrupan en trece capítulos, en los que se plantea la preocupación de la Iglesia por el problema social, la responsabilidad de los ricos en la solución de ese problema (responsabilidad que tiene ante Dios y ante la Iglesia), y los principios teórico-prácticos de tal solución. La selección he hecho hincapié con mucho acierto en la dignidad de la persona del obrero, y en la caridad, como bases de justicia social.

Los textos, tomados de contextos muy diversos y distantes, han sido muy bien unidos, formando un todo que impresiona agradablemente por la solidez de la doctrina, y por el calor de la palabra: ambas características personales de Pío XII. Se ve que el autor (Blanco Piñán), tiene muy leídos y meditados los documentos pontificios.

La presentación es clara: la materia está bien separada en capítulos, y éstos bien divididos en párrafos; y la letra legible. De modo que su lectura será descansada para cualquiera, y fácil de asimilar.

La tónica general es exhortatoria: Pío XII quiere conmover al patrón católico, y llamarle la atención sobre sus *obligaciones de hermano* respecto de sus obreros; obligaciones que no se cumplen sólo dentro de la iglesia y entre las cuatro paredes del hogar, sino también en la fábrica y en la oficina.

Es un libro que har á bien a cualquiera que lo tome en sus manos: al obrero, porque en él verá los buenos deseos y las preocupaciones que por él tiene su Madre la Iglesia; y hará bien al patrón, porque le pondrá ante los ojos, no sólo sus obligaciones, sino la manera concreta y real de cumplirlas.

EISENHOFER, L., *Compendio de Liturgia católica*. (14,3 x 22 cms.; 319 pág.). 3ra. edición. Editorial Herder, Barcelona, 1956.

La presente edición, tercera en castellano, es la traducción de la obra alemana *Grundies der katholischen Liturgie* (4a. edición, 1937), con algunos retoques hechos por el Pbro. Camp, teniendo en cuenta las nuevas prescripciones litúrgicas. Lamentamos solamente que Herder, tan cuidadosa de la base científica de sus publicaciones, no haya tenido en cuenta la obra similar alemana, que ya ha llegado a la sexta edición, debida a la intervención de Lechner, sucesor de Eisenhofer. En ella el primero de los nombrados, manteniendo en lo esencial el trabajo (resumido) de Eisenhofer, lo ha perfeccionado en ciertos puntos, teniendo en cuenta las últimas discusiones doctrinales; y ha completado y puesto al día la bibliografía. La obra resultante, sin dejar de mirar al gran público (como la de Eisenhofer que juzgamos) se ha convertido además en un instrumento de trabajo para los especialistas; y para los estudiantes seminaristas sería, además de una obra de información, una introducción científica a una ulterior investigación personal. Esperamos que en la próxima edición del *Compendio de Liturgia católica*, la casa Herder perfeccione su obra, tomando, al menos, de la obra de Lechner-Eisenhofer, la bibliografía al día.

Para entender el carácter de la presente obra, tengamos en cuenta que el original alemán, *Grundriss*, era la reducción, a un solo volumen, de la obra fundamental de Eisenhofer, titulada *Handbuch der katholischen Liturgie* y publicada en dos volúmenes. La cual a su vez había sido la refundición de la obra fundamental de su maestro y antecesor en la cátedra de Eichtätt, V. Thalhofer. De modo que el proceso ha sido intencionalmente dual: por una parte, Eisenhofer ha procurado profundizar en la historia y en la doctrina litúrgica, y por la otra, ha procurado poner *lo esencial* de esa historia y de esa doctrina, al alcance del *mayor número posible* de personas.

La obra que nos presenta Herder tiene esta segunda intención: se dirige más bien a sacerdotes y estudiantes (seminaristas), y también a laicos cultos. Y pone a su alcance el resultado *más seguros* de sus estudios de investigación. Casi nos animaríamos a decir, de acuerdo al juicio de algunos especialistas (cfr. *Civiltà Cattolica*, 103-II [1952], pp. 66-72), que es lo mejor que existe en la materia, si se tiene en cuenta que está destinado al ambiente sacerdotal o religioso *en general*.

La obra tiene una buena presentación: *división* clara de la materia, estilo nítido y que trasparenta una gran *seguridad* en lo que afirma, *sentido histórico* de la liturgia, *precisión* en los datos de tiempos y lugares y personas que tienen alguna importancia en el desarrollo histórico de la liturgia; y hasta cierta *devoción* sustancial, que comunica una persuasión personal sobre la importancia de la materia.

Con esta obra, un sacerdote o un laico puede fácilmente ponerse al día en la materia, y compensar la ignorancia en que la formación religiosa lo puede haber dejado, en los años de su formación, respecto de la liturgia de la Iglesia.